



Para la profesora Josefina Roma Riu el Carnaval posee cuatro características que se van a repetir en todos los rituales de este ciclo -y también en los ayuntamientos fingidos-:

a) Se trata de una fiesta de final del invierno y recomienzo del ciclo productor de la naturaleza y del hombre.

b) En ella se da una interacción entre el mundo tangible y el Más Allá, de modo que los muertos y antepasados intervienen en el mundo de los vivos.

c) Esta interacción entre ambos mundos, requiere una purificación individual y colectiva.

d) La fiesta es una inversión del tiempo cotidiano, inversión que se materializa en otras inversiones físicas, sociales, por medio del disfraz, la crítica hacia el poder y la liberación de la represión sexual.

Una fiesta europea muy antigua

Las fiestas de ayuntamientos de mozos, por supuesto, no son privativas del Señorío y se dan en centenares de pueblos de España bajo denominaciones diferentes; así ocurre con la Justicia Nova de Ibi (Alicante), los Inocentes de Vélez-Rubio (Almería) o los "Reyes de Mozos" de diversos pueblos de Soria. En Cuenca se tiene noticia de la celebración de estas tradiciones en Carboneras y Huélamo, en Teruel, en Tramacastiel y Cubla, y en Guadalajara se conserva la fiesta de las Candelas en El Casar, mientras que el folklorista Sinforiano García Sanz, describió la fiesta de mozos de Ruguilla.

También fuera de España se dan tradiciones de este tipo, como en el sur de Alemania, en la región de Hohenzollern, donde se mantiene en diversas aldeas la institución del "Honorable Tribunal de las Máscaras" que actúa en este ciclo de Carnaval y cuya función principal se basa en "recriminar con toda publicidad y de manera divertida los abusos que en la comunidad tenían efectos perturbadores". Y ésta es también una de las funciones principales de algunos ayuntamientos de jóvenes elegidos en el Señorío de Molina.

Tampoco se tratan de fiestas recientes, y aunque a lo largo del siglo XX fueron fiestas de quintos, su antigüedad podría remontarse a varios cientos de años atrás. Ha habido autores que relacionan el Carnaval con las Saturnales y las Lupercales romanas, aunque los precedentes inmediatos de estas fiestas se remontan a la Edad Media. Durante aquella época era costumbre elegir, para la fiesta de los Inocentes (28 de diciembre) obispos fingidos, obispos niños, que iban por las calles maldiciendo a los fieles, entrando en las iglesias y celebrando misas bufas, utilizando hue-

vos podridos en vez de incienso y leyendo el misal al revés. Eran las llamadas "fiestas de locos", que estaban extendidas por todo el Occidente europeo, y que se consintieron por la Iglesia hasta el siglo XVI en Inglaterra y Francia, aunque en España estuvieron vigentes hasta el siglo XVII. En la diócesis de Sigüenza esta costumbre se prohibió en el Sínodo de 1655, por "el abuso de criar en ciertas fiestas del año un obispillo fingido con insignias episcopales". Sin embargo, aunque el fingimiento de dignidades eclesiásticas se perdió, se mantuvo el de las civiles.

Una fiesta de final del Invierno

Tal vez a alguien le choque la relación entre la fiesta de los Inocentes o las Candelas con el Carnaval y, si bien es razonable esta extrañeza en la actualidad, en el pasado no ocurría así. En la concepción cíclica tradicional, el Carnaval comenzaba la misma noche de Nochebuena, apenas unas horas después de que el sol comenzara su retorno hacia el crecimiento de los días. Y es que, como señala Peter Burke, "el nacimiento del hijo de Dios en un pesebre era un ejemplo espectacular del mundo al revés". Este tema del mundo al revés es uno de los predilectos del Carnaval. Desde esa noche, una serie de festividades jalónarán y tratarán de romper la dureza del invierno hasta el Martes de Carnaval. Las hogueras de Nochebuena, San Antón o San Sebastián, las fiestas de Candelas, San Blas, y, por supuesto, los días precedentes al Miércoles de Ceniza eran considerados parte de un mismo ciclo festivo.

En las fiestas de ayuntamientos fingidos encontramos algunas referencias a la propiciación de la fertilidad en gestos que, desde luego, hoy han perdido todo su sentido original. En algunas de estas fiestas ciertos personajes masculinos, como es el Diablo de Setiles o los Inocentes de Alustante, tienen la costumbre de encorrer a los transeúntes, pegándoles, bien con una espada de palo (el Diablo de Setiles), bien con unos artilugios de madera en forma de tablillas llamados coscorretas (Inocentes de Alustante). El gesto de pegar con artilugios poco ofensivos (vejigas de cerdo o gato, tablillas, etc) se repite en otras fiestas carnavalescas como las botargas, propias de muchos pueblos de Aragón y la Alcarria. En este ritual se ha visto una reminiscencia de las Lupercales romanas, una fiesta en la que dos jóvenes vestidos con pieles de cabra portaban varas para pegar a la gente que encontraban en su camino. Plutarco señala que estos personajes iban pegando a todo el mundo y recomienda que "las mujeres jóvenes no deben evitar sus golpes, pues se imagina que ellos les proporcionarán la con-

